

po, sin verse claro quiénes habrían de salir al cabo gananciosos.

No estaba la paz del todo restablecida aun después de vencido Espartero. Zaragoza que seguía á su devoción tardó en reconocer al gobierno de Madrid. Irritado de sus dilaciones el coronel D. Jaime Ortega, uno de los contrarios del regente, pero hasta entonces de la parcialidad extremada, trató de entrar á fuerza la capital de Aragón; pero encontrando resistencia hubo de volver rechazado. Dentro de poco se sujetó al gobierno la ciudad, pero con sumisión imperfecta, y que tenía trazas de ser de duración muy breve. No se hallaba mas sumisa ni quieta Barcelona, aunque en ella no eran los parciales del duque de la Victoria quienes predominaban, sino, al contrario, los caudillos y principales partes de la sedición vencida en el año anterior, y en este renovada con mejor fortuna; pues, aunque allí como en todas partes habían venido los moderados á dar auxilio á los enemigos de Espartero, el ascendiente había quedado por la gente de opiniones extremadas é inquieta conducta. Así, al saberse que en Madrid tremolaba triunfante la bandera del levantamiento, pero que la victoria iba siendo aprovechada por las opiniones y el interés de los del bando moderado, sintiéronse afectos de pena, y mostráronse deseos de no dejar en semejante paradero una rebelión á muy diferente fin encaminada. Por algunos días continuó vacilante la autoridad del gobierno, cosa poco de extrañar, pues al punto de haber concluido tales alteraciones, no podía ser la serenidad completa. Había acudido allí Prim, premiado con el título de conde de Reus por la defensa que había hecho de la población de este nombre, y llegado ya á ser general; y de sus anteriores opiniones, y aun de los principios con que había empezado el alzamiento, se prometían los catalanes mas violentos demócratas, antes sus amigos, que le tendrían á su lado, y aun á su frente, para la empresa de llevar las cosas á muy otro término que el en que habían quedado. Juicioso en esta ocasión el alentado joven no quiso malograr los frutos de su victoria, y dar á su patria en vez de paz nuevos disturbios. Hubieron, pues, los sediciosos de buscar otros capitanes, y encontraron varios, siendo de ellos el de mas nota el brigadier Atmeller, que también había entrado en la guerra hecha á Espartero, pero no en Cataluña, y que, obrando de diverso modo que Prim, ni aun durante las hostilidades había estado en unión estrecha con los de opiniones moderadas. Esta guerra, sorda por algun tiempo, tardó, sin embargo, poco en dejar de serlo, separándose de la obediencia al gobierno de Madrid Barcelona y algunos lugares mas de Cataluña. Aun llegó á tomar tal cuerpo la sublevación, que presentó en campaña fuerzas no despreciables. Necesitábase un pretexto para seguir la guerra civil; pero estos abundaban en un tiempo en que se habían propagado las mas violentas doctrinas, y cuando en el levantamiento que acababa de triunfar se habían declarado intentos harto contrarios al orden y aun á la monarquía. No quisieron, con todo eso, los sublevados hablar de república, aunque muchos de ellos deseaban verla establecida en España, como el medio mejor de mantener el Estado en perpétua inquietud donde hay alimento y satisfacción para mayor número de ambiciosos. Pero al co-